



**AMOR, EL CAMINO DE SANTIDAD DE
SANTA TERESA DE LISIEUX**

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Septiembre 2016

PRESENTACIÓN

Como bien lo afirma el autor, no se trata de una presentación sistemática y exhaustiva de la vida y mensaje de Teresa de Lisieux, sino de profundizar en el amor como eje vertebrador de toda la vida y doctrina. Y lo logra. Cada subtema puede considerarse una aproximación y, a la vez, una síntesis de lo presentado por Teresita en sus manuscritos. Por eso la lectura de este corto escrito puede remitir con provecho a un encuentro profundo con Jesús en la dinámica propuesta por Santa Teresita. Para futuras profundizaciones o ampliaciones, recomiendo a de manera especial acudir a las cartas donde ella magistralmente y con máxima cercanía lo que presenta los manuscritos.

Rómulo Cuartas Londoño OCD

CITeS, Ávila 8 de diciembre de 2016

PRESENTACIÓN	2
INTRODUCCIÓN	4
1. UNA NIÑA RODEADA SIEMPRE DEL AMOR	5
1.1. Sus padres son los santos esposos Luis Martin y María Celia Guerin.....	5
1.2. La vida de Teresa experimenta grandes cambios	6
1.3. Rodeada de amor desde pequeña	8
1.4. La fe cristiana es el clima vital de la familia Martin-Guerin.....	10
1.5. El deseo de ser una gran santa	11
1.6. Primera comunión,	12
2. EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR SE REVELA LO MISMO EN EL ALMA MÁS SENCILLA	13
2.1. El la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un perfume virginal.	13
2.2. Teresa y lo que Dios hizo por ella	14
2.3. Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor.	15
2.4. La palabra amor en ella siempre está llena de contenidos y de un intenso amor a Jesús.	16
2.5. La entrega de una persona no estará nunca motivada por leyes, sino por amor.....	17
2.6. La fuerza del amor es inmensa.	18
2.7. Se mueve desde Dios, en Dios, por Dios, con los motivos de Dios.....	20
3. ¡MISTERIO DEL AMOR DE DIOS!	23
3.1. El Señor es bueno, su misericordia es eterna	23
3.2. ¡Qué dulce es el camino del amor...!.....	24
3.3. Los secretos que Jesús.....	25
3.4. Es un amor vivo el suyo	28
3.5. Teresa decidió dedicarse sencillamente a la ciencia del amor.	29
4. SE DEDICABA SOBRE TODO A AMAR A DIOS	31
4.1. Teresa de Lisieux nos habla de la caridad.....	31
4.2. Ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás	32
4.3. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor	34

INTRODUCCIÓN

Este es un pequeño texto editado con motivo de las próximas fiestas del 1 de Octubre, donde celebramos a Teresa de Lisieux. Ella vivió desde muy pequeñita rodeada del amor y ese amor fue la característica de su vida.

Son muchos los textos escritos en sus manuscritos, carta, poesías, oraciones que me gustaría incluir en esta pequeña edición que he preparado con motivo de la próxima fiesta del 1 de octubre, pero utilizando la palabra de la Santa Madre Teresa de Jesús, el propósito es “engolosinar” es decir entusiasmar a las almas a la lectura de sus manuscritos o a el repaso de lo leído de Teresa de Lisieux. Todo lo que ella ha escrito, nos deja una gran lección de amor y es una invitación a amar a Dios por sobre todo y a nuestro prójimo como nos ha enseñado Jesús.

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Septiembre 2016

1. UNA NIÑA RODEADA SIEMPRE DEL AMOR

1.1. Sus padres son los santos esposos Luis Martin y María Celia Guerin.

Teresa es hija de la familia Martin-Guerin. Sus padres son los santos esposos Luis Martin y María Celia Guerin. Luis Martín nace en Burdeos el 22 de agosto de 1823 y María Celia Guérin, nace en Gandelain (Orne) el 23 de diciembre de 1831 es ocho años menor que Luis.

Según la tradición de la familia, Luis Martin eligió el oficio de relojero. El a los veinte años decidió hacerse religioso en el monasterio de San Bernardo, pero no fue admitido por su desconocimiento del latín. Más tarde, año 1850 se instala en Alençon, en la casa de sus padres donde tienen éstos una tienda de relojería y joyería. María Celia, también ella soñó con hacerse religiosa. Pero la superiora del Hospital General de Alençon la rechazó. Desengañada se dedica abiertamente al “punto de Alençon”, que es un bordado tradicional de esa zona. Y su habilidad le permite abrir un taller propio. En principio trabaja con ella su hermana María Luisa. Pero pronto ingresará en el monasterio de la Visitación de Le Mans. La correspondencia entre ambas es asidua y gracias a ella conocemos muchos datos de la familia y concretamente de Teresa.

A los tres meses del primer encuentro, celebra su matrimonio con Luis Martin, el 13 de julio de 1858. Su vida matrimonial comienza de una manera sorprendente: Luis propone a su esposa vivir como hermano y hermana. Esta vida monacal termina a los diez meses por los influjos de un confesor. El cambio es tan radical que tuvieron nueve hijos,

siete niñas y dos niños. En tres años (1867-1870) los Martin pierden los dos niños y una niña pequeña. Elena muere a los cinco años. Les quedan cinco hijas quienes llevaron por primer nombre María: María Luisa, María Paulina, María Celina, esta tres hijas fueron al igual que María Francisca Teresa, monjas carmelitas. El nombre religioso de Francisca Teresa fue "Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz". También otra hermana mayor, María Leonia, fue monja de la Visitación de Caen.

Teresa de Lisieux nació el 2 de enero de 1873. Su padre tenía cincuenta años. Su madre cuarenta y uno año. María Celia, padece cáncer de pecho al momento de nacer Teresa, por tanto acude a los servicios de la nodriza Rosa Taillé, en Semallé, a unos ocho kilómetros de Alençon. Comenta María Celia; "Si Dios me concediera la gracia de criar a la niña, educarla sería un placer. Me gustan los niños con locura. He nacido para tenerlos, pero esto tendrá que terminar pronto. Cumpliré cuarenta y un años el 23 de este mes, es la edad de ser abuela."

En el hogar Martin Guérin la madre lo es todo. Pero nunca se queja de la serena bondad de su esposo. Declara María Celia: "Mi marido es un santo, y yo querría uno como él para todas las mujeres". A fuerza de trabajo y gracias a una cuidadosa administración, la familia vive con holgura.

1.2. La vida de Teresa experimenta grandes cambios

Agotados todos los recursos médicos y después de la peregrinación a Lourdes en junio del mismo año en busca de salud, el 26 de agosto de

1877 muere Celia, Teresa tiene recién cuatro años. Teresa lo recuerda así: “No recuerdo haber llorado mucho. No le hablaba a nadie de los profundos sentimientos que me embargaban... Miraba y escuchaba en silencio... Nadie tenía tiempo para ocuparse de mí, así que vi muchas cosas que hubieran querido ocultarme. En un determinado momento, me encontré frente a la tapa del ataúd... Estuve un largo rato contemplándolo. Nunca había visto ninguno. Sin embargo, comprendía... Era yo tan pequeña, que, a pesar de la baja estatura de mamá, tuve que levantar la cabeza para verlo entero, y me pareció muy grande... y muy triste... (Manuscrito A, Capítulo II, Obras Completas, página 103)

Luis Martín, ya viudo decide trasladarse a Lisieux, el 1 de noviembre de 1877. A partir de ese día la vida cambia totalmente. La mayor de las hijas del santo matrimonio, María Luisa con sus 17 años toma las riendas de la casa. Paulina de 16, se encarga de la educación de las pequeñas. Leonia de 14 se va interna a las benedictinas de la Abadía del oeste de la ciudad y Celina entra como sem-interna. Privada de sus compañeras de juegos, Teresa pasa largas jornadas entre adultos en una casa que para ella es demasiado grande. Asume como una criada, Victoria Pasqueur, que compartirá durante siete años la vida de la familia.

Es así como la vida de Teresa experimenta grandes cambios. Lisieux, es una ciudad con dificultades, recién acabada la guerra y después del bombardeo de 1870 afronta grandes dificultades económicas, pero los Martín tienen un modesto capital, que bien administrado les asegura una vida tranquila. El padre se dedica a sacar adelante a su

familia y está con sus hijas. Después de la cena todos se reúnen junto al fuego de la chimenea. En esas reuniones de familia se canta, se lee, se recitan versos de Víctor Hugo o de Lamartine. El Padre de Teresa les lee algunas páginas del Año Litúrgico de Dom Gueranger, que acaba de aparecer. En verano salen de vacaciones a la montaña o al mar. El círculo de amigos es un tanto restringido. El principal punto de referencia es la familia del tío Isidoro Guerin y sus más cercanos. Son datos que nos muestran una familia de medianos recursos, con una vida bien programada, más bien rutinaria, apacible y muy unida.

1.3. Rodeada de amor desde pequeña

Debido a la enfermedad que padeció su madre, Teresa de Lisieux entre los tres y los trece meses de edad, pasa mucho tiempo con su nodriza. La pequeña ha vivido una experiencia una profunda de amor. Parece ser que esa experiencia hace que se desarrolle muy pronto en ella gran capacidad de asimilar el amor recibido y responder a él instintivamente. Viene al mundo con un corazón que ella misma califica de cariñoso y sensible. Así lo expone Teresa; “Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho amor a mi lado, también lo puso en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible. Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho amor a mi lado, también lo puso en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible.” (Manuscrito A, Obras Completas, página 87)

Poco tiempo de después del nacimiento de Teresa, María Celia escribió a su cuñada: “Te lo confío, nadie podrá creerlo, mientras la llevaba he notado algo que no había sucedido nunca con los otros hijos: cuando yo cantaba, ella cantaba conmigo”. Para el P. Conrad de Mesters OCD, se trata de una primera experiencia intensa, íntima, penetrante, de ser amada y de amar instintivamente. Esta es una riqueza para toda la vida: “Creo que en Teresa se ha creado entonces una imagen experiencial de lo que es el amor, de ser amada, y de encontrar en ello toda la felicidad. En parte, ella se servirá más tarde de esta imagen, de este espejo inconsciente, para describir con ella su noción del amor que Dios nos tiene, y del amor que ella debe tener a Dios, e igualmente para presentir la felicidad perfecta que es aquella del cielo, que siempre le atraerá” (Conferencia de Apertura a la Congreso Internacional, Salamanca, 13 Marzo 1997, apuntes fotocopiados, p. 3.)

La recién nacida goza del cariño y cuidado de padres, hermanas y familiares. Es así como Teresa guarda un recuerdo muy feliz de sus primeros años. “Madre mía querida, ¡qué feliz era yo a esa edad! Empezaba ya a gozar de la vida, se me hacía atractiva la virtud y creo que me hallaba en las mismas disposiciones que hoy, con un gran dominio ya sobre mis actos.”

¡Ay, qué rápidos pasaron los años soleados de mi niñez! Pero también ¡qué huella tan dulce dejaron en mi alma!” (Manuscrito A, Obras Completas, página 100). Sigue Teresa: “Sí, verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Encontraba flores a cada paso que daba, y mi

carácter alegre contribuía también a hacerme agradable la vida.”
(Manuscrito A, Obras Completas, página 101).

1.4. La fe cristiana es el clima vital de la familia Martin-Guerin

De acuerdo con lo que Teresa relata en la historia de su alma la fe cristiana es el clima vital de la familia Martin. Teresa resuelve muy pronto no negarle nada al buen Dios, no quejarse jamás, orar seriamente en la ingenuidad de su corazón de niña. A los cinco años y medio, muy impresionada por el mar que ve por primera vez, toma la resolución de no alejar nunca su alma de la mirada de Jesús, así lo recuerda Teresa: Tenía yo seis o siete años cuando papá nos llevó a Trouville. Nunca olvidaré la impresión que me causó el mar. No me cansaba de mirarlo. Su majestuosidad, el rugido de las olas, todo le hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios.”

Con todo, Teresa renuncia con frecuencia los caprichos de su propia voluntad siempre pronta a imponerse, escribe ella de regreso a Francia cuando hizo su viaje a Roma para visitar al Papa el año 1887, Teresa tiene 14 años: “¿Cómo transcurrieron estos tres meses tan ricos en gracias para mi alma...? Al principio me vino a la cabeza la idea de no molestarme en llevar una vida tan ordenada como solía. Pero pronto comprendí el valor de aquel tiempo que se me concedía, y decidí entregarme con más intensidad que nunca a una vida seria y mortificada. Cuando digo mortificada, no es para hacer creer que hiciera penitencias, pues nunca las he hecho. Lejos de parecerme a esas almas grandes que desde la niñez practicaron toda serie de mortificaciones, yo no sentía por ellas el menor atractivo. Esto se debía, sin duda, a mi flojedad, pues hubiera podido encontrar, como

Celina, mis pequeños recursos para mortificarme. En vez de eso, siempre me dejé mecer entre algodones y cebar como un pajarito que no necesita hacer penitencia... Mis mortificaciones consistían en doblegar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callar cualquier palabra de réplica; en prestar pequeños servicio sin hacerlos valer; en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc., etc... (Manuscrito A, VI, El viaje a Roma, Obras Completas, página 214)

1.5. El deseo de ser una gran santa

Hacia los nueve años, decide convertirse en una gran santa, escribe Teresa; “Por entonces recibí una gracia que siempre he considerado como una de las más grandes de mi vida, ya que en esa edad no recibía las luces de que ahora me veo inundada. Pensé que había nacido para la gloria, y, buscando la forma de alcanzarla, Dios me inspiró los sentimientos que acabo de escribir. Me hizo también comprender que mi gloria no brillaría ante los ojos de los mortales, sino que consistiría en ¡¡¡llegar a ser una gran santa...!!! (Manuscrito A, Capítulo IV, Obras Completas, página 139).

Y comprendiendo que el sufrimiento es ineludible, acepto desde pequeña a todos los sacrificios que se le presentaren, así lo relata Teresa luego de desear todos los juguetes “Yo lo escojo todos” que dejaba su hermana mayor Leonia: “Más tarde, cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser santa había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de escoger entre los

sacrificios que él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por ti, sólo me asusta una cosa: conservar mi voluntad. Tómala, ¡pues "yo escojo todo" lo que tú quieres...!" (Manuscrito A, Obras Completas, página 98).

1.6. Primera comunión,

Su primera comunión, a los once años y cuatro meses, supone la realización de algo largamente deseado y el comienzo de un nuevo e intenso impulso. Es también la experiencia de un gozo sin sombras, de una presencia casi sin velos, de un amor sin reservas, así lo expresa Teresa: "¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de amor. Me sentía amada, y decía a mi vez; Te amo y me entrego a ti para siempre."

No hubo preguntas, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo, Jesús y la pobre Teresita se habían mirado y se habían comprendido... Aquel día no fue ya una mirada, sino una fusión. Ya no eran dos: Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en medio del océano. Sólo quedaba Jesús, él era el dueño, el rey. ¿No le había pedido Teresa que le quitara su libertad, pues su libertad le daba miedo? ¡Se sentía tan débil, tan frágil, que quería unirse para siempre a la Fuerza divina...! (Manuscrito A, Obras Completas, página 144).

2. EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR SE REVELA LO MISMO EN EL ALMA MÁS SENCILLA

2.1. El la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un perfume virginal.

Los párrafos siguientes nos hablan de los sentimientos de amor de Teresa, tanto de su amor a Jesús, a sus hermanos e incluso de su amor propio.

Escribe Teresa: “Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que sólo deja oír débiles gemidos; y ha creado al pobre salvaje, que sólo tiene para guiarse la ley natural. ¡Y también a sus corazones quiere él descender! Estas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina...” (Manuscrito A, Obras Completas, página 85).

Nos habla Teresa de ella misma; “La flor que va a contar su historia se alegra de poder pregonar las delicadezas totalmente gratuitas de Jesús. Reconoce que en ella no había nada capaz de atraer sus miradas divinas, y que sólo su misericordia ha obrado todo lo bueno que hay en ella...”

El la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un perfume virginal. El hizo que la precedieran ocho lirios deslumbrantes de blancura. El, en su amor, quiso preservar a su florecita del aliento envenenado del mundo; y apenas empezaba a entreabrirse su corola, este divino Salvador la trasplantó a la montaña del Carmelo, donde los dos lirios que la habían rodeado de cariño y acunado dulcemente en la primavera de su vida expandían ya su suave perfume..” (Manuscrito A, Obras Completas, página 86).

2.2. Teresa y lo que Dios hizo por ella

En los párrafos siguientes, nos relata Teresa lo que Dios hizo por ella: “Acabo, Madre, de resumir en pocas palabras lo que Dios ha hecho por mí. Ahora voy a entrar en los detalles de mi vida de niña. Sé muy bien que donde cualquier otro no vería más que un relato aburrido, tu corazón de madre encontrará verdaderas delicias... Además, los recuerdos que voy a evocar son también tuyos, pues a tu lado fue transcurriendo mi niñez y tengo la dicha de haber tenido unos padres incomparables que nos rodearon de los mismos cuidados y del mismo cariño. ¡Que ellos bendigan a la más pequeña de sus hijas y le ayuden a cantar las misericordias del Señor...!

En la historia de mi alma, hasta mi entrada en el Carmelo, distingo tres períodos bien definidos. El primero, a pesar de su corta duración, no es el menos fecundo en recuerdos. Se extiende desde el despertar de mi razón hasta la partida de nuestra madre querida para la patria del cielo. (Manuscrito A, Obras Completas, página 87).

2.3. Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor.

Teresa, se siente dichosa por la obra que Dios ha hecho en ella y en especial, por haber sido rodeada de amor, de sonrisas y caricias. Es así como ella lo relata: "Dios me concedió la gracia de despertar mi inteligencia en muy temprana edad y de que los recuerdos de mi infancia se grabasen tan profundamente en mi memoria, que me parece que las cosas que voy a contar ocurrieron ayer. Seguramente que Jesús, en su amor, quería hacerme conocer a la madre incomparable que me había dado y que su mano divina tenía prisa por coronar en el cielo...

Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho amor a mi lado, también lo puso en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible. Y así, quería mucho a papá y a mamá, y les demostraba de mil maneras mi cariño, pues era muy efusiva.. Sólo que los medios que empleaba, a veces eran raros, como lo demuestra este pasaje de una carta de mamá:

"La niña es un verdadero diablillo, que viene a acariciarme deseándome la muerte: "¡Cómo me gustaría que te murieras, mamaíta...!" La riñen, y me dice: "¡Pero si es para que vayas al cielo! ¿No dices que tenemos que morirnos para ir allá?" Y cuando está con estos arrebatos de amor, desea también la muerte a su padre". (Manuscrito A, Obras Completas, página 87).

2.4. La palabra amor en ella siempre está llena de contenidos y de un intenso amor a Jesús.

La vida de Teresa de Lisieux, no puede dejarnos indiferentes, la palabra amor en ella siempre está llena de contenidos y de un intenso amor a Jesús. Entonces reflexionó que si yo amo a Dios, tengo el deber de impedir cuanto pueda no sólo mis propios pecados y mis malas obras, sino también las obras malas de mis hermanos que los encaminan a pecados que de muchas maneras van afectando a nuestra vida cristiana.

Ser santo, no parece en estos tiempos algo fácil, y más difícil parece ser ayudar a que otros lo sean. Entonces me cabe una pregunta, ¿es necesario que yo ayude a los demás a que caminen por sendas de santidad? Yo pienso que sí, como nos dice Jesús: “Vosotros sois la sal de la tierra. Más si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mt 5, 13.14) Esa sí como corregir, aconsejar, dar buen ejemplo, orar mucho, sacrificarme para que todas las obras de los hermanos lleven la luz de Dios y testimonien su participación en la divina naturaleza, para que viendo todos sus frutos buenos se den cuenta, de que Dios está en ellos, ya que, conociendo el

árbol por sus frutos, (Mt 7,18) no pueden nacer de árbol malo, si son buenos, sino de la luz.

2.5. La entrega de una persona no estará nunca motivada por leyes, sino por amor.

Hay mucha tentación de olvidarse de hacer las cosas por amor, en especial en la formación de los jóvenes, donde lo que manda son las órdenes y reglas. Ciertamente están hechas para cumplirla, no obstante me parece necesario cuidar mucho de que nuestra teología y psicología no siga ni las exigencias levítica que fueron las delicias de los fariseos, y no olvidar que estas leyes fueron perfeccionada por Jesús en el Evangelio. Una espiritualidad basada limpia y genuinamente en el Evangelio es y será mucho más cautivadora y eficaz y todo más sonriente y hace una vida más agradable, como esta expresión de Teresa; “Sí, verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Encontraba flores a cada paso que daba, y mi carácter alegre contribuía también a hacerme agradable la vida.” (Manuscrito A, Obras Completas, página 101)

Y es porque el Evangelio se resume en el amor, “la plenitud de la ley es el amor” (Rom 13, 10) Es por eso, que en la base el amor, el ser humano respira hondo, todo le suena mejor y se predispone a hacer una tarea por los demás y a entregas más sacrificadas. Éste es el caso de Teresa del Niño Jesús. Ella amó, hasta morir de amor. Comprendió lo que desea Dios ser amado y se dio totalmente. No habría podido hacerlo esto un mandato. Lo hizo el amor, escribe Teresa: “Ningún reproche me afectaba tanto como una sola de tus caricias. Soy de tal condición, que el miedo me hace retroceder, mientras que el amor no

sólo me hace correr sino volar...” (Manuscrito A, Ejercicios del P. Alejo, Obras Completas, página 239).

Más adelante sigue Teresa: “Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendría miedo a Dios sino que todos le amarían con locura; y que ni una sola alma consentiría nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por amor...” ¡Qué dulce alegría pensar que Dios es justo!; es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la debilidad de nuestra naturaleza. Siendo así, ¿de qué voy a tener miedo?” (Manuscrito A, Obras Completas, página 245).

2.6. La fuerza del amor es inmensa.

Ni la Ley de Moisés ni en general ninguna ley positiva y escrita, puede cambiar el corazón del hombre. Por esta razón, cuando Jesús envíe a los discípulos en Pentecostés al Espíritu, no les dará una ley exterior, sino una ley interior, que no está escrita en la piedra, sino en los corazones. Será el cumplimiento de la profecía de Ezequiel: “yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios” (Ez 11,19). En la cruz, Jesús destruye el corazón de piedra de los hombres. Cuando el Espíritu de Cristo penetra en el cristiano, en la medida en que éste lo acoge, cambia y transforma el corazón de piedra en corazón de carne. Recordando anécdotas de familia y reflexionando a su vez el Cántico Espiritual del Santo Padre San Juan de la Cruz, expresa Teresa: “¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor! Es cierto que se puede

caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, consume con asombrosa rapidez todo lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una paz humilde y profunda en el fondo del corazón...” ?” (Manuscrito A, Obras Completas, página 244).

La nueva ley del Espíritu es el amor, que actúa no por obligación, sino por atracción hacia el bien. Sin el amor no se puede observar la ley. Dice el Señor: “Si uno me ama, guardará mi palabra” (Jn 14,23). El amor se prueba en el cumplimiento de los mandamientos: “En esto consiste el amor, en observar sus mandamientos” (2 Jn 6). Escribe Teresa sobre la caridad: “Yo me dedicaba sobre todo a amar a Dios. Y amándolo, comprendí que mi amor no podía expresarse tan sólo en palabras, porque: No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios. (Mt 7,21) y sigue: ““Y esta voluntad, Jesús la dio a conocer muchas veces, debería decir que casi en cada página de su Evangelio. Pero en la última cena, cuando sabía que el corazón de sus discípulos ardía con un amor más vivo hacia él, que acababa de entregarse a ellos en el inefable misterio de la Eucaristía, aquel dulce Salvador quiso darles un mandamiento nuevo. Y les dijo, con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, que os améis unos a otros igual que yo os he amado. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros. ¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos, y por qué los amó? No, no eran sus cualidades naturales las que podían atraerle. Entre ellos y él la distancia era infinita. Él era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos eran unos pobres pescadores,

ignorantes y llenos de pensamientos terrenos. Sin embargo, Jesús los llama sus amigos, sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.” (Manuscrito C, Obras Completas, página 287).

La fuerza del amor es inmensa. Por amor la madre se sacrifica día y noche. Por amor el hombre deja a su padre y a su madre y se une en un solo corazón con su amada. Por amor el joven modifica su carácter a voluntad de su amada. Por amor se realizan las más heroicas acciones, las gestas más generosas. Si a toda esa fuerza de amor, le añadimos la potenciación, que es el amor divino, todo se ilumina con una luz nueva de poder y de altura incomparable.

2.7. Se mueve desde Dios, en Dios, por Dios, con los motivos de Dios

Es que el ser humano ha entrado a participar en la fuerza de Dios; es la misma acción de Dios la que el hombre posee. Se mueve desde Dios, en Dios, por Dios, con los motivos de Dios, con sus propias fuerzas y ahora sí que es realidad la expresión de Pablo: “Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). Ese ser humano ahora ya es capaz de todo lo que antes le acobardaba. Comprendemos ahora lo que les sucedió a los Apóstoles después de Pentecostés: gozosos salían de las palizas recibidas; valientes predicaban el nombre de Jesús: "era necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech 4, 19). Y eran los mismos que antes se habían dado a la fuga y habían negado al Maestro, ¿quién había intervenido para que se diera tal cambio? No era otro que el Espíritu, que es Amor. No era otro que el Espíritu que

derramó en sus corazones la caridad, obra suya, por la que el hombre vive en Dios (2 Co 3,14; 1 Pe 4,6).

Que tiene que ver todo esto con Teresa, mucho. Así lo relata ella misma: “Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno, y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables. Sabiendo que por mí misma no podía nada, ofrecí a Dios todos los méritos infinitos de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia; y por último, le pedí a Celina que encargase una Misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por miedo a verme obligada a confesar que era por Pranzini, el gran criminal. Tampoco quería decírselo a Celina, pero me hizo tan tiernas y tan apremiantes preguntas, que acabé por confiarle mi secreto. Lejos de burlarse de mí, me pidió que la dejara ayudarme a convertir a mi pecador. Yo acepté, agradecida, pues hubiese querido que todas las criaturas se unieran a mí para implorar gracia para el culpable.

En el fondo de mi corazón yo tenía la plena seguridad de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan sólo una señal de arrepentimiento... A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar

almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: “¡Dame de beber!”

Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la sangre de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su rocío divino. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le deba de beber, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor... (Manuscrito A, Pranzini, mi primer hijo, Obras Completas, página 166).

A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana (Jn 4, 6-15): ¡Dame de beber! Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la sangre de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su rocío divino. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le deba de beber, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor... (Manuscrito A, Pranzini, mi primer hijo, Obras Completas, página 167).

3. ¡MISTERIO DEL AMOR DE DIOS!

3.1. El Señor es bueno, su misericordia es eterna

Misterio de su participación de su vida en nosotros... Si lo comprendiéramos mejor, si lo reflexionásemos más, estimaríamos mucho más el crecimiento en el amor que la salud, y el dinero y el amor humano. No hay nada que se pueda comparar con este don sublime de la misma vida de Dios que nos diviniza y nos hace poderosos en Dios y nos sumerge en el misterio de la Redención y nos da eficacia en el orden santificador. Pensando en la realidad de un hombre que muere por nosotros: "Me amó y se entregó a sí mismo por mí", San Pablo (Gal 2,20) quedaba abrumado y extasiado. Si esta verdad que está en nuestra cabeza, llegara al corazón y experimentáramos el amor de Dios, nos dedicaríamos a las buenas obras que él determinó que practicásemos, por amor suyo y sin atrevernos a pasarle la cuenta, como afirma la Nueva Doctora de la Iglesia, Santa Teresa del Niño Jesús: "después de tantas gracias, ¿no podré cantar yo con el salmista: El Señor es bueno, su misericordia es eterna?". (Sal 117,1) Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendría miedo a Dios sino que todos le amarían con locura; y que ni una sola alma consentiría nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por amor... (Manuscrito A, Obras Completas, página 244). Porque como escribe San Ireneo: "Dice Juan en el Apocalipsis: Era su voz como el estruendo de muchas aguas. Pues muchas son las aguas del Espíritu de Dios, porque rico y grande es el

Padre". Se equivocaron tanto quienes creen que a la Iglesia se la sirve con actos humanos...Son los actos divinos los que cuentan y éstos no se realizan sino en Dios, desde Dios, en su Corazón. En el Amor. Limitaron el poder humano sobrenaturalizado, con mirada modernista.

Ella ha vivido con genial intuición, de la que no estaba ausente la gracia, la espiritualidad del Evangelio, cuyo resumen es amor, como hemos dicho, pero además ha captado la fuerza bañada del amor, aun del humano, lo que pasa es que ella vio con una caridad impropia de sus años, aparte de que no había experimentado desengaños que la aleccionasen, que las criaturas humanas la dejaban con hambre.

3.2. ¡Qué dulce es el camino del amor...!

Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

"Dios mío, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu amor misericordioso...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú deseas prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, mendigándoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu amor infinito...

"¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como

víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti...

“Si a tu justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará abrasar a las almas tu amor misericordioso, pues tu misericordia se eleva hasta el cielo...!

“¡Jesús mío!, que sea yo esa víctima dichosa. ¡Consume tu holocausto con el fuego de tu divino amor...!”

Madre mía querida, tú que me permitiste ofrecerme a Dios de esa manera, tú conoces los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... Desde aquel día feliz, me parece que el amor me penetra y me cerca, me parece que ese amor misericordioso me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella el menor rastro de pecado. Por eso, no puedo temer el purgatorio..... ¡Qué dulce es el camino del amor...! ¡Cómo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios...! (Manuscrito A, ofrenda de amor, Obras Completas, página 246).

3.3. Los secretos que Jesús

Teresa quiso enseñar ese camino a las almas para que no se dejen deslumbrar por espejismos. Aprendamos sus lecciones y dejémosnos influenciar por su acción apostólica aún actual. Imposible escribir o hablar de Teresa del Niño Jesús, pensar en ella o rezarle, sin verla totalmente penetrada de amor. Su vida, su virtud, todo en ella parece la obra del Amor. El amor de Dios ha sido la fuente de energía que fecundó toda su vida espiritual; este amor se ha explayado en la

práctica de todas las virtudes y valores humanos y en adornos de delicadeza, ha encontrado su perfeccionamiento en el espíritu de infancia y ha engendrado en su alma fecundos frutos. En el alma de Teresa hay una disposición, que es la primordial, y que siempre permanecerá como fundamental: el amor.

Le escribe Teresa a Sor María del Sagrado Corazón sobre su vocación de amor y los secretos de Jesús: “Hermana querida, tú querías escuchar los secretos que Jesús confía a tu hijita. Yo sé que esos secretos te los confía también a ti, pues fuiste tú quien me enseñó a acoger las enseñanzas divinas. Sin embargo, trataré de balbucir algunas palabras, aunque siento que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón del hombre apenas si puede vislumbrar...

No creas que estoy nadando entre consuelos. No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una frase como la que he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): Este es el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del amor.

¡La ciencia del amor! ¡Sí, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, me parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no he dado nada todavía... Comprendo tan bien que,

fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono.

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... El que sea pequeñito, que venga a mí, dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que a los pequeños se les compadece y perdona. Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día “el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho. Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré”.

Sí, madrina querida, ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento y de amor... Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: “Dame de beber”, lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor...

Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo, sólo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus propios discípulos ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!

Hermana querida, ¡dichosas nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo!” (Manuscrito B, Los secretos de Jesús, Obras Completas, página 254).

3.4. Es un amor vivo el suyo

El Dios que Teresa ama no es un dios abstracto, el dios de los filósofos y de los sabios; es el Dios hecho hombre, el Verbo encarnado. Es un amor vivo el suyo. Tampoco podemos decir que el carácter de este amor no es un sentimiento, una emoción, una delicadeza del corazón que puede compaginar con todas las debilidades y caprichos de la infancia. Toda su infancia revela su amor a Dios: “Dios me concedió la gracia de despertar mi inteligencia en muy temprana edad y de que los recuerdos de mi infancia se grabasen tan profundamente en mi memoria, que me parece que las cosas que voy a contar ocurrieron ayer. Seguramente que Jesús, en su amor, quería hacerme conocer a la madre incomparable que me había dado y que su mano divina tenía prisa por coronar en el cielo... Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de amor. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho amor a mi lado, también lo puso en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible. (Manuscrito A, Obras Completas, página 87).

La historia de su alma no es, en el fondo, otra cosa que el cumplimiento y la manifestación de lo que Dios puede hacer cuando nada dificulta su libertad soberana.

Tuvo que concederme Dios una gracia muy especial para que pudiera vencer mi gran timidez... Aunque también es verdad que «para el

amor nada hay imposible, porque todo lo cree posible y permitido. Y realmente sólo el amor de Jesús podía hacerme vencer aquellas dificultades y las que vendrían más tarde, (Manuscrito A, Visita al sr. Obispo, Obras Completas, página 183)

3.5. Teresa decidió dedicarse sencillamente a la ciencia del amor.

A sus catorce años y medio se despertó en ella la pasión de la ciencia. ¿Será una intelectual? La cautivaban la teología, la filosofía, las ciencias naturales. Pero Teresa decidió dedicarse sencillamente a la ciencia del Amor. Estuvo a punto de recibir lecciones de pintura junto con Celina, pero no quiso insinuar a su padre que eso le gustaba, y por delicadeza sacrifica su propio impulso. Por el amor teologal llamará a Dios mi Padre y será siempre su hija. Pero esta filiación divina, tomada en el sentido más estricto de la palabra.

Ella tuvo un concepto de santidad bíblico, genuino y perfecto y fue consciente de que tenía que enseñarlo al mundo. Su doctrina habla de que Dios está en todas partes y de que son los sencillos actos, hechos con amor, el camino hacia la santificación, como la carta que le escribe a su hermana Paulina: “La santidad no consiste en ésta o la otra práctica, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños entre los brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre”. El amor para ella será el ascensor para subir a Dios, al que verá significado en la madre que ve a su pequeñín haciendo esfuerzos inútiles por subir los escalones uno a uno y a gatas, y ante la impotencia del querido pequeño, la madre se abaja y coge a su niño y lo sube en brazos. Dios Padre será el águila que remonta al pajarillo que agita impotente sus

alas intentando volar. Esta es la gran intuición de Teresa: que el amor nos viene de Dios. Y dirá “Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse”. (Manuscrito A, Preferencias de Dios, Obras Completas, página 85)

El Amor es el deseo ardiente de querer todo el bien para el Amado. Quitar todo el mal al Amado. Hacer feliz al Amado. Evitar disgustos al Amado. San Juan de la Cruz dice que “porque el amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios” (2 S 5,7). Aquí él se fija más que en el ser, en el obrar del Amor. Eso lo hizo Teresa que no negó nada a Dios desde que tenía tres años. Así realizó Dios con ella todo lo que quiso. Y la hizo una de la más grande santa de los tiempos modernos, como afirmó Pío XI, que la llamaba también, la estrella de su pontificado.

4. SE DEDICABA SOBRE TODO A AMAR A DIOS

4.1. Teresa de Lisieux nos habla de la caridad

Al utilizar la palabra amor, amar, caridad, estamos tratando con el término más tierno de nuestro lenguaje, y es la expresión que más llega al corazón de los hombres. Al menos no conozco a ninguna persona que no haya experimentado un sentimiento al expresarla. En efecto, el hombre vive para amar y para ser amado; viene a la existencia por un acto de amor de sus padres y su vida está desde el comienzo, amparado por gestos de ternura y de amor.

El deseo más profundo de la persona es amar. El hombre crece, se realiza y encuentra la felicidad en el amor; el fin de su existencia es amar. Y es así, como el amor es una realidad divina: “Dios es amor” (1 Juan 4,8). Teresa, desde jovencita recibe una chispa de este fuego celestial y alcanza el objetivo de su vida, ella consigue que no se apague nunca la llama del amor, reavivándola cada vez más al desarrollar su capacidad de amar. Por consiguiente, en Teresa de Lisieux el amor es uno de los elementos primarios de la vida, y es el aspecto dominante que la caracteriza.

Sobre la caridad le escribe a su priora: “Este año, Madre querida, Dios me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. Es cierto que también antes la comprendía, pero de manera imperfecta. No había profundizado en estas palabras de Jesús: “El segundo mandamiento es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. (Mc 12,31)

Sigue Teresa: “Yo me dedicaba sobre todo a amar a Dios. Y amándolo, comprendí que mi amor no podía expresarse tan sólo en palabras, porque: “No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de Dios”. Y esta voluntad, Jesús la dio a conocer muchas veces, debería decir que casi en cada página de su Evangelio. Pero en la última cena, cuando sabía que el corazón de sus discípulos ardía con un amor más vivo hacia él, que acababa de entregarse a ellos en el inefable misterio de la Eucaristía, aquel dulce Salvador quiso darles un mandamiento nuevo. Y les dijo, con inefable ternura: os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, que os améis unos a otros igual que yo os he amado. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros. (Manuscrito C, La Caridad, Obras Completas, página 286)

4.2. Ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás

Se pregunta Teresa de Lisieux: “¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos, y por qué los amó? (Manuscrito C, La Caridad, Obras Completas, página 287). Jesucristo amo a los hombres al extremo, y se entregó hasta la cruz, esa es la caridad que debemos tener por nuestros semejantes, total, sin considerar en los hombres sus rasgo o característica propias que diferencian del resto, no solo amamos a los miembros de la familia o a los amigos íntimos, también a los que nos son conciudadanos nuestros, a los extranjeros y a los extraños, en otras palabras a la humanidad, sean estos pobres, marginados, condenados socialmente y aún a los que consideramos enemigos.

Teresa comprende muy bien esto y encuentra su centro en el regalo amoroso con sus semejantes, es decir, en una donación sincera, intensa, perseverante y acogedora, entendida bien como participación en el amor de Dios, bien como imitación de la persona de Jesús, que se mostró como caridad viva en todos sus gestos. “Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros”. (Juan 13,15)

Sigue Teresa respondiendo su propia pregunta: “No, no eran sus cualidades naturales las que podían atraerle. Entre ellos y él la distancia era infinita. Él era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos eran unos pobres pescadores, ignorantes y llenos de pensamientos terrenos. Sin embargo, Jesús los llama sus amigos, sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Madre querida, meditando estas palabras de Jesús, comprendí lo imperfecto que era mi amor a mis hermanas y vi que no las amaba como las ama Dios. Sí, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les veamos practicar. Pero, sobre todo, comprendí que la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa.

Yo pienso que esa lámpara representa a la caridad, que debe alumbrar y alegrar, no sólo a los que me son más queridos, sino a todos los que están en la casa, sin exceptuar a nadie.

Cuando el Señor mandó a su pueblo amar al prójimo como a sí mismo, todavía no había venido a la tierra. Por eso, sabiendo bien hasta qué grado se ama uno a sí mismo, no podía pedir a sus criaturas un amor mayor al prójimo. Pero cuando Jesús dio a sus apóstoles un mandamiento nuevo -su mandamiento, como lo llama más adelante-, ya no habla de amar al prójimo como a uno mismo, sino de amarle como él, Jesús, le amó y como le amaré hasta la consumación de los siglos...

Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí. Y porque querías concederme esta gracia, por eso diste un mandamiento nuevo...

¡Y cómo amo este mandamiento, pues me da la certeza de que tu voluntad es amar tú en mí a todos los que me mandas amar...!
(Manuscrito C, La Caridad, Obras Completas, página 287)

4.3. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor

Son muchos los textos escritos en sus manuscritos, carta, poesías, oraciones que me gustaría incluir en esta pequeña edición que he preparado con motivo de la próxima fiesta de Teresa de Jesús, el 1 de octubre, pero todo esto ha sido, utilizando la palabra de la Santa Madre Teresa de Jesús, para “engolosinar” es decir entusiasmar a la lectura o

a el repaso de lo leído de Teresa de Lisieux. Todo lo que ella ha escrito, nos deja una gran lección de amor y es una invitación a amar a Dios por sobre todo y a nuestro prójimo como nos ha enseñado Jesús.

Escribe Teresa ya finalizando el Manuscrito "C": "Madre querida, ésta es mi oración. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a él que sea él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abrase mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré "Atráeme"; y que cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado.

Porque un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva. Es cierto que, como santa María Magdalena, permanece a los pies de Jesús, escuchando sus palabras dulces e inflamadas. Parece que no da nada, pero da mucho más que Marta, que anda inquieta y nerviosa con muchas cosas y quisiera que su hermana la imitase.

Lo que Jesús censura no son los trabajos de Marta. A trabajos como éstos se sometió humildemente su divina Madre durante toda su vida, pues tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia. Lo único que Jesús quisiera corregir es la inquietud de su ardiente anfitriona.

Así lo entendieron todos los santos, y más especialmente los que han llenado el universo con la luz de la doctrina evangélica. ¿No fue en la oración donde San Pablo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco, Santo Domingo y tantos otros amigos ilustres de Dios bebieron aquella ciencia divina que cautivaba a los más grandes genios?

Un sabio decía: “Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo”. Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y porque la hacía desde un punto de vista material, los santos lo lograron en toda su plenitud. El Todopoderoso les dio un punto de apoyo: El mismo, El solo. Y una palanca: la oración, que abraza con fuego de amor. Y así levantaron el mundo. Y así lo siguen levantando los santos que aún militan en la tierra. Y así lo seguirán levantando hasta el fin del mundo los santos que vendrán.” (Manuscrito C, Atráeme y correremos, Obras Completas, página 325)

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Bibliografía y fuentes: Textos de Teresa de Lisieux, Manuscritos A, B y C, Obras Completas, Editorial Monte Carmelo

www.caminando-con-jesus.org

caminandoconjesus@vtr.net